



Nueva York, 6 de Noviembre

LA NOCHE MAS LARGA

Crónica de nuestro enviado especial
EDUARDO HARO TECLEN

FUE una noche larga y lenta. Comenzó a las seis de la tarde, cuando los primeros fríos de la temporada acuchillaban las esquinas de los rascacielos, y terminó a las once de la mañana siguiente, con una sospecha de sol dejándose vencer por las nubes bajas, cuando se supo que el codo a codo de diecisiete horas de escrutinio se había roto y Nixon traspasaba la frontera dorada de los 270 votos de compromisarios que necesitaba para ser Presidente y coronar con una victoria tardía y sustancial toda una vida de fracasos políticos, de amargas electorales ▶



LA NOCHE MAS LARGA

Richard Nixon y Spiro Agnew, elegidos Presidente y vicepresidente de los Estados Unidos. La elección fue difícil y hasta última hora no se decidió el vencedor. A pesar del triunfo republicano, los demócratas mantienen su mayoría en el Senado y Congreso, aunque se ha producido un pequeño avance de los republicanos, que continúan con su predominio de gobernadores. A la derecha, el nuevo Presidente y su familia: una de sus hijas es novia del nieto de Eisenhower. Nixon, el ex perdedor de las elecciones norteamericanas, ha desarrollado una campaña técnicamente perfecta, que ha superado en este sentido a las de Eisenhower, Kennedy y Johnson. Sus partidarios, según se dice, tenían ya prevista la programación de las ceremonias de toma de posesión.





Hubert Horatio Humphrey,
 el «yesman»
 de Johnson,
 el hombre que dijo «sí»
 a las decisiones del Presidente,
 ha perdido la batalla.
 Parece que ahora
 el antiguo representante
 de la fracción liberal
 de los demócratas
 se dedicará a la enseñanza.
 Su sprint final,
 en los días
 que antecedieron
 a las elecciones,
 no pudo contrarrestar la eficaz
 campaña de Nixon;
 ni siquiera las declaraciones
 de Ted Kennedy y McCarthy
 evitaron la derrota electoral.
 A sus cincuenta y siete
 años, parece haberse cerrado
 la biografía política de H. H. H.
 A la derecha,
 Humphrey con su mujer
 en el chalet
 de Waverly, Minnesota.





Daniel Tolosa - 6 años

yo seré astronauta
y podré ir a la Luna y a Marte
y allí lo celebraré
con Castellblanch



EXTRA
CASTELLBLANCH

una obra de arte en su copa

LA NOCHE MÁS LARGA

Adiós, Mr. Humphrey... Su rostro se asomó por última vez a la televisión —ya va a tener pocas ocasiones de capturar las cámaras—, más parecido a Bob Hope que nunca —porque su sonrisa era ya profesional, ya un rictus elaborado y maquillado de actor— para leer, buen perdedor, su telegrama de felicitación a Nixon. Nixon esperó hasta las doce y media para comparecer ante quienes le aclamaban, para comparecer con los brazos lanzados al aire —final de «show»— y decir: «Perdonen ustedes que me haya levantado tan tarde»: muestra de calma, señal de que el terrible codo a codo en los marcadores no le había interesado más que su sueño. Su sueño es importante, su equilibrio nervioso es una cuestión nacional. Dicen que pudo haberse roto para siempre: dicen que cerca de su cuartel general la policía detuvo a un egipcio con un rifle y un cuchillo... Bien, todo había pasado ya, y ahora estaba Nixon ante los micrófonos, ofreciendo la imagen feliz de una familia de rostros bonitos: la nueva familia de la Casa Blanca, desde donde empezará a reinar el 20 de enero. Cuando Nixon colocó ante su pecho el prematuro sello de la Presidencia —la formalidad del voto de los compromisarios es para más tarde; Nixon no puede considerarse aún oficialmente como Presidente electo, aunque todos sepamos ya que lo es—, los reporteros gritaron a esta familia: «More close to him!», o «¡Más cerca de él, más cerca de él!...», para que todos entraran bien en el cuadro de las cámaras.

Me permito dudar que Humphrey, Nixon y sus familias hayan dormido esta noche un minuto solamente. El codo a codo ha sido atroz. Felizmente, había una considerable indiferencia en el país acerca de estas elecciones. Digo felizmente

porque de otra forma alguno de los infartos de miocardio, que siempre están a punto en este país, se hubiesen producido inevitablemente. De todas las elecciones que he presenciado en mi vida, y ya son bastantes, no recuerdo ninguna tan sin sabor ni color, tan sin emoción previa y sin nervios, como ha sido ésta. No sabe uno qué es peor, si el exceso de vitalidad, a veces sangrienta, con que en otros países se discute la fundamentalidad de la democracia o esta apatía de los ciudadanos de Estados Unidos en 1968, cuando sabían que la democracia, si está en algún sitio, no está en los computadores electrónicos —que, por cierto, no funcionaron bien y retrasaron en algunos sitios el voto, como un símbolo de que se le está pidiendo demasiado a la técnica— y difícilmente estaba en la opción Nixon-Humphrey-Wallace. La emoción fue puramente aleatoria. Como si las elecciones fueran un fin en sí, y no un medio. Como cuando uno pone, porque sí, por deporte, emoción en una carrera de caballos en la que no ha apostado y en la que sus favoritos han sido retirados. La casi identidad de votos populares, la dificultad para Nixon de superar la frontera de la minoría de 270 compromisarios, la sospecha de que hubiese que acudir a la elección en la Cámara sostenía el espectáculo. Esta última sospecha, sobre todo, se mantuvo durante bastante tiempo, y escalofriaba a los comentaristas políticos en el centro electoral. Temían que pudiera ser considerada como una última burla a la democracia. Hubiese sido elegido Humphrey, porque la mayoría de representaciones resultó ser demócrata, a pesar de que Nixon hubiese tenido algunos votos populares más, algunos compromisarios más, a pesar de que había arrancado



algunos puestos demócratas en el Senado y en la Cámara de Representantes, y esto hubiese sido ya el colmo de la antidemocracia. Hasta el punto de que se considera que uno de los primeros actos de gobierno de la nueva legislatura será modificar la Constitución para que este hecho, que pudo haberse producido este año, no se llegue a producir jamás.

Cuando entré en un restaurante medio vacío, al principio de la noche electoral, imaginé que la desolación del local se debía a que todo el mundo estaría pegado a sus pantallas de televisión aguardando los resultados. El dueño me desengañó.

—No es eso... Si fuera por la televisión, vendrían aquí a verla... Es, simplemente, que este día



LA NOCHE MÁS LARGA

el «Election Day», no se despachan bebidas alcohólicas y se han ido todos a beber a sus casas...

Pero la noche estuvo constelada de ventanas encendidas. Me resisto a creer que estos americanos estuviesen bebiendo. Estaban siguiendo la carrera final, el «sprint» que les iba a traer un nuevo Presidente. Un nuevo viejo político, un ave fénix, un resucitado. Mal país es éste para las resurrecciones. Un «come back» como el de Nixon interesa unos días y, desde un punto de vista freudiano, interesa a unos cuantos. A los millones de americanos que están del otro lado de la vida y esperan siempre, como ha esperado Nixon, «the loser», Nixon, el perdedor, que a base de ir perdiendo elecciones año tras año ha llegado a ganar la más importante del país.

No quiero sacar consecuencias políticas de este hecho, pero la verdad es que el censo electoral en los Estados Unidos, el elector medio dibujado por los computadores, está más del otro lado de la vida que del camino de ida. Es un hecho. El elector medio no es el americano medio. Los sociólogos explican que han votado unos 71 millones de ciudadanos de un total de 110,6 millones de censados, pero que la población del país es de doscientos millones de personas y que ochenta millones han quedado fuera de la votación por tener menos de la edad legal —veintiún años, salvo en algunos pocos estados, que es de dieciocho, diecinueve o veinte— y que precisamente esas personas han sido las más activas no sólo en la campaña, sino en los motivos que han conducido a la retirada de Johnson y a las elecciones Nixon-Humphrey (Vietnam, negros, pobreza, coexistencia). Otros diez millones de ciudadanos no se han inscrito en el censo por «razones diversas», que el censo no explica bien. Muchos de entre ellos son negros, especialmente mujeres, de las extensas zonas del Sur. Este fenómeno no es americano, es planetario. Las recientes elecciones de Francia, después de los acontecimientos de mayo, han pecado del mismo defecto. ¿Se modificará aquí la edad de votar? Nixon ha hecho promesas a los jóvenes, pero no es seguro que esas promesas lleguen a la reducción en la edad de votar, que se podría fijar en dieciocho años cumplidos. No sería buena para su partido. Como en París, existe también el problema de los inmigrantes. Están dentro del sistema, pero no tienen derecho a voto hasta tanto no se les conceda la nacionalidad americana, si es que la piden. Cohn-Bendit pedía que los trabajadores extranjeros en Francia pudieran votar. Los holandeses, como he relatado recientemente, pedían que los europeos occidentales pudiésemos votar en la elección de Presidente de Estados Unidos, que tanto atañe a nuestros países. Aquí hay varios millones de inmigrantes. Uno de ellos, un peruano, me decía:

—¿Votar, a quién y para qué? No hay ninguno que hable por los pobres... Hubo uno y se lo palomearon; saldría otro y se lo palomearían, también...

He aquí el verbo «palomear». Un verbo político. El «New York Times» hizo una curiosa encuesta entre los vendedores de castañas de la Quinta Avenida. Mi primer encuentro con ellos fue cuando noté el inolvidable olor novembrino de la castaña asada —con fantasmas del Tenorio y crisantemos de día de difuntos asociados— brotando del National First City Bank. Creí que la crisis económica se había ya producido. Luego oí la voz que decía: «¡Cuántas, calentitas!». Bien, era un castañero de León, como todos, en la esquina del Banco. Podemos estar satisfechos de nuestra expansión comercial. Estos personajes, como digo, fueron interrogados en la noche electoral, junto a sus chimeneas más humeantes que nunca en la humedad, por el «Times», y dieron una asombrosa exactitud política: la mitad eran favorables a Humphrey, la otra mitad lo eran a Nixon. Exactamente el equilibrio popular que los dos principales candidatos habrían de obtener al final de la jornada electoral. Con una salvedad: ninguno mencionó a Wallace. No, los castañeros españoles no quieren saber nada de Wallace.

El fascismo de Wallace-Le May es, para mí, el fenómeno más interesante de estas elecciones. Se ve de cerca a estos dos personajes toscos, a esta especie de pareja de Pompoff y Teddy de la política americana, al civil saludando con la mano en la frente para parecer militar, al gene-

ral haciendo reverencias para resultar más civil, se les escucha hablar toscamente ante el grupo diminuto de sus seguidores para los cuales habían alquilado un circo inmenso, y no se acaba de comprender bien que hayan tenido casi nueve millones de votos (escribo cuando el recuento no está terminado), que son el 14 por ciento del censo. No se explica bien si no se recuerda algo de historia, si no se recuerda lo tosca, grotesca y falsamente militar que era la silueta del cabo Adolfo Hitler antes de que fuese elegido por el pueblo y cobrara la enorme grandeza trágica que le dio un pódium de llamas, bombas y gases. ¿Hay un camino para Wallace en este país? Lo hay. Si el fascismo indirecto, que es una hibridación de la democracia perdida y falseada, no es suficiente para sustituir y calmar las frustraciones de este país —y la elección de Nixon, la opción electoral del 5 de noviembre en sí misma, es una frustración más— hay un camino abierto para el fascismo directo. El fascismo, históricamente, es una resultante de las frustraciones, y de una situación de violencia. Aquí hay frustraciones, aquí hay violencia. Es probable que crezca. Es probable que se multiplique después de la elección de Nixon y que se produzca una contracción racial importante. El pastor Abernathy —sucesor del asesinado Martín Lutero King en la campaña de no-violencia— considera que la elección de Nixon va a tener dos repercusiones graves en la cuestión negra. Una es la retirada de las tropas federales de toda situación de conflicto, que quedará en manos de las policías locales; otra, es la serie de nombramientos en el Tribunal Supremo que puede paralizar toda la acción de los derechos civiles y, como dice él, «volver atrás las manillas del reloj de la historia». Si esto se produce así, a los veinte millones de negros del país no les quedará ya más recurso que la violencia abierta y definida. La guerrilla urbana, el motín, la revolución. No están solos. Un número creciente de blancos, sobre todo de blancos jóvenes, les acompaña.

Este problema número uno del país no ha quedado resultado en estas elecciones, o ha quedado agravado si las predicciones de Abernathy se cumplen. Que desemboque o no en el fascismo resulta una profecía arriesgada de hacer, pero la realidad de los nueve millones de votos a la pareja Wallace-Le May es muy importante y muy digna de tener en consideración. Con ellos o con otros que les sustituyan, porque también el fascismo devora a sus hijos.

Todo esto supone alejarse demasiado de la fecha electoral de ahora. Lo inmediato puede ser un viaje de Nixon a París, para alentar con su nuevo hábito de Presidente para el futuro inmediato las conversaciones de paz. No sé cómo se lo va a impedir Johnson. Johnson tiene pánico de que le roben su paz. En el fondo, Nixon querría que se la dieran hecha, pero que pareciera que la había hecho él, mientras que a Johnson no le importaría nada que interviniese Nixon si fuese para aparecer él mismo como pacificador.

Creo que estos dos meses y medio que faltan para que la familia Nixon se mude a la Casa Blanca van a ser muy curiosos y muy interesantes en los Estados Unidos y en su política exterior; pero, sobre todo, en el planteamiento de problemas internos. Hay observadores que creen que los más graves problemas internos se han resuelto con la derrota de Humphrey; estiman que, si hubiese ganado, los «poderes invisibles» —las oligarquías, los «Lobbies», el «establishment», los grupos de poder— hubieran jugado sus cartas máximas para digerirle o para apartarle del poder ganado, y que ello hubiera traído consecuencias trágicas. Con Nixon no ocurre lo mismo. Nixon ofrece una confianza a los grupos del capital, a las industrias de guerra —ha hecho su campaña proclamando que hay que fabricar más armamentos para asegurar la paz, vieja sentencia latina que el mundo no acaba de eliminar—, y la dinámica que puede alzarse contra él —los negros, los estudiantes, los trabajadores jóvenes, los intelectuales, lo que se llama, con un término muy general, la izquierda— tardará más en reaccionar. En Nixon está, si puede y si le dejan, si se le ocurre, si tiene fuerza para ello, buscar el equilibrio. Es un Presidente crítico en un momento crítico. ■ E. H. T.

